

EL MOTÍN

Año XXXIX

Madrid, Domingo 28 de Diciembre de 1919

Número 38.

EL MOTÍN PERIÓDICO SEMANAL SE PUBLICA LOS DOMINGOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA 62, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 años.—Ultramar y Extrarj. 10, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Correspondencia, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

A mis lectores

Deseo para todos en el año próximo las bienandanzas que ellos desean para mí, y les doy las gracias por el interés que han puesto en que EL MOTÍN siga publicándose.

JOSE NAKENS

¡Valiente añito!

En este número apenas si he podido hacer nada. Se han acumulado tantas contrariedades, amén de las cotidianas, que no he tenido tiempo más que para bendecir a la Divina Providencia por lo innagotable de su bondad conmigo.

El Administrador de este periódico, Pedro Mayoral, se haya en cama hace quince días por haberse agravado en la enfermedad que hace tiempo viene padeciendo.

Yo, dedícado á buscar quien le reemplace hoy y le sustituya mañana si, como es de temer, tiene su enfermedad un funesto desenlace.

Y para como de molestias, tengo que cerrar á toda prisa este número el miércoles por la tarde para ver si pueden tirarlo el viernes, pues mañana es Pascua y ni tipógrafos ni maquinistas trabajan. ¡Por Cristo que termina bien el año!

Afortunadamente este número lleva la fecha del 28, y mis lectores lo tendrán en cuenta para tomarlo como de Inocentes.

Procuraré en el primero del año próximo escribir lo más que pueda y en un tono que no aumente tristezas nuevas á las que han padecido durante el

actual contemplando el caos que reina en esta nuestra patria querida.

De aquí de lo que pienso hacer les daré idea el artículo que va á continuación, hilvanado sin orden ni concierto en la mañana de este miércoles tan antipático para mí, como para todos los españoles lo es este gobierno que no gobierna, sin duda por no desentonar de los que le han precedido, especialmente desde 1917 acá.

Miopía intelectual

No es lo peor dejar de ver los objetos; lo es mucho más advertir que comienzan á oscurecerse las ideas. Las cataratas de los ojos pueden extirparse; las del cerebro, no. Y en el mío ¡ay! van formando á toda prisa. Y esto me preocupa más que aquello; pues ya no me atreveré á repetir con la jactancia que lo hice cuando pensé que iba á quedarme ciego del todo:

«Teniendo yo el cerebro iluminado no me aterraan oscuras ni nebulras: hay quien contempla el sol y vive á oscuras, y quien es á la sombra deslumbrado.»

Y digo esto, porque advierto cada vez más confusión en mis ideas, hasta el punto de que ya no me atrevo á exponer con la seguridad y la osadía que siempre lo hice algunas de las que considero justas y equitativas.

El caso nada tiene de extraordinario.

Con los años se pierden todas las potencias; no sólo las del cuerpo, sino las del alma, memoria, entendimiento y voluntad.

Viéndolas flaquear lentamente, con especialidad las dos primeras, se recordará que allá por Septiembre de 1918 publiqué lo que sigue, dando así la voz de alerta á mis lectores por si encontraban en lo que escribía algo raro ó contradictorio:

«De no haber oído tantas veces que ningún tonto se vuelve loco, creería que estaba á punto de desmentir, yo esa frase; tan extrañas ideas se me ocurren, contrarias al común sentir y pensar.»

R. conozco gu-siempre despunté un poquito por ese lado, mas nunca como ahora. Esto me inclina á sospechar si estaré pronto á entrar, si no he entrado ya sin darme cuenta, en el período de la chochez.

Y en la duda, he resuelto abrir una Sección dedicada á ocuparme de aquellos asuntos que no vea muy claros, titulada *Chocheos*, para que la pase por alto el que no quiera leer tonterías; bien así como se pone un letrero ó un firol en los sitios que pueden ofrecer peligro al transeúnte.

De este modo satisfaré mi deseo de decir lo que pienso sin dudar ni vacilaciones, confiado en que nadie lo tomará en serio leyéndolo en esta Sección.»

Desde que publiqué eso hasta hoy, mis dos miopías han ido en aumento. Por lo tanto, he reunido á los individuos del sindicato que formé cuando comencé á escribir. José, Nakens y Pérez, y después de discutir ampliamente el asunto, acordamos que yo publicase de vez en cuando en EL MOTÍN la Sección titulada *Chocheos*, dedicada á tratar aquellos asuntos que no viese muy claros.

Y cumpliré el acuerdo, como irán viendo mis lectores.

EL INVIERNO

Está haciendo ya de las suyas: días lluviosos en que no se trabaja, noches frías en que se muere. En todos los inviernos el número de víctimas es grande: en éste será inmenso. Pensarlo estremece.

Los negocios paralizados, el trabajo interrumpido, masas de seres humanos sin pan, espíritus apagados por las calamidades sufridas, cuerpos decayidos por el hambre... A millares caerán en la fosa los españoles. Y caerán uno á uno, en silencio, como los reses en el matadero, sin que nadie lo advierta más que el enterrador al apisonar sus sepulturas.

Los que se salven engendrarán seres entoces, presuntos devotos de la anemia, la escrófula y la tisis.

Los españoles que desde arriba, desde enmedio ó desde abajo contribuyan á que el malestar social no se remedie, hagan en la forma que lo hagan, merecen morir como han muerto ya cuatro en las calles de Madrid: de hambre y frío.

Comentario al Código

Lo único extraño que se ve en la habitación es un abonaré de la Caja de Ultramar pegado por sus cuatro puntas á la pared; los muebles, los cacharros y la cama que medio se entreven en la oscura alcoba son tan mezquinos y se hallan tan deteriorados, que no merecen ser descriptos.

Sentadas junto al hogar en que arden unos sarmientos que contrarrestan en parte los efectos del frío, muy intenso á causa de la mucha nieve que ha caído aquella tarde están dos niñas, de ocho años la una y la otra de cinco,

que se miran de vez en cuando sin atreverse á romper el silencio en tanto que la madre pone los ojos en una imagen de la Virgen de los Desamparados colocada en trípode marco; e izquierda tiene la frente apoyada en la mano izquierda.

Rumor confuso de voces, cánticos é instrumentos llega desde el anochecer á aquella pequeña casa, situada a un extremo del pueblo, repercutiendo tristemente en el pecho de la desventurada familia que lleva mes y medio de mortíferas privaciones por falta de trabajo; rumor al que responden los movimientos nerviosos del hombre, los sollozos comprimidos de la mujer y las miradas angustiosas de las niñas.

De pronto, y en un instante en que el rumor se convierte en estrépito, levántase bruscamente el padre, como quien acaba de adoptar una resolución largo tiempo combatida, y sale a la calle sin que nadie se atreva a preguntarle adónde va. Y no bien ha salido, la madre, atrayendo á sus hijas y estrechándolas fuertemente contra su pecho, las besa, y comienza á explicarles, respondiendo á sus preguntas, lo que aquella algarazca de sus convenciones significa.

Y les habla, á su modo, de un Dios que nació aquella noche (24 de Diciembre) en miserable establo, que amó mucho á los pequeños y á los débiles, y murió en afrentoso patíbulo, sellando con su sangre un pacto con los que han hambre y sed de justicia.

Aquello, relatado en rudo estilo y gran desorden cronológico, hace que los ojos de las niñas se animen y que sus labios pálidos y secos murmuren palabras de esperanza, creyendo ver entrar á cada instante á los pastores de que su madre les habla, cargados de ricos presentes enviados por aquel Dios tan amante de los pequeños, y olvidándose del hambre y del frío hasta el extremo de palmearte alegremente cuando el ruido de voces é instrumentos se acentúa.

En uno de estos momentos entra el padre, jadeante y sudoroso, y deja caer sobre la mesa dos panes, una gallina y un racimo de uvas, á lo cual se abalanzan todos con la falta de formas que inspiran varios días de ayuno; y entre bocado y bocado la madre les sigue hablando de la Providencia que vela por sus criaturas, como acaba de hacer con ellas: poética y consoladora idea que encuentra eco en el corazón de aquellas inocentes.

Acabada la comida, sabrosa como venida del cielo, se retiran todos á descansar, no sin que antes la madre se arrodile con una hija á cada lado ante el cuadro de la Virgen y cruzando las manos entonen las tres oraciones ferviente y sencilla que contrasta con las voces enronquecidas y los báquicos gritos que los diábolos lanzan para celebrar el nacimiento del que amaba á los pequeños y consolaba á los desgraciados.

A las siete de la mañana del día 25 llaman desacompañados á la puerta de la casa en que nadie pensó la noche del 24; ábrela el licenciado de Ultramar que tiene un crédito contra el Estado de 367 pesetas, y se encuentra con una pareja de la Guardia civil que lo conduce á presencia del juez municipal y desde allí á la cárcel, porque la huella de sus pies en la nieve le acusa de haber cometido un robo la noche anterior.

Y mientras sus hijas, dormidas aún, acarician los sueños rosados y azules que el relato de su madre les inspiró, él se prepara para ir á presidio por dos años y cuatro meses, pena marcada en el Código al que robó sustancias alimenticias por menos valor de 25 pesetas, en casa habida, de noche, escalando un muro exterior y llevando un arma.

1883

La capucha de un fraile

Visitando cierto día uno de esos pequeños mundos cerrados que se llaman conventos, acerté á hallar en el olvidado rincón de una celda oscura la capucha de un fraile.

Largo tiempo llevaba en aquel sitio, según demuestran su poventa suciedad y las infinitas y pequeñas aberturas que a la polilla roedora había hecho sobre la dura estameña; sin embargo, su lamentable estado no fue óbice para que, mediante la consabida recompena, el celoso guardián de las ruinas me permitiera sacarla á la luz de la publicidad, transportándola á mi casa.

De feroces, y por diversos motivos, había mirado hasta este trazo del tiempo y vejo ratado de inquirir por entre sus viejas arrugas algún misterio de los muchos que formaban la vida del santo varón que años atrás la llevaba puesta, por multa penitencia á la vez de silencio. El vano fueron todos mis tentativas; no obstante, mi tenacidad se había empeñado en leer en la página triste, que un trazo viejo que tuvo desino significaba es como un rostro que ha perdido su faz, pero que guarda su historia.

Al fin satisface mi impetuoso, y si se quiere enojosa curiosidad.

Como niño que descomponen un juguete para ver de qué y cómo se forma su ingenio, me ocupé en cómo se formó la capucha del fraile. No me habiéndome engañado. Encontré en el último rincón del fondo, á manera que un mal pensamiento se cuela en el último rincón de la conciencia, hallé un papel que, copiado á la letra, dice así:

«Medita, mi hijo, mil veces debería ser el hombre que, huyendo del mundo, corre á encerrarse en este palacio de demonio por dentro y casa de Dios por fuera. Sin embargo, están labrados sobre rocas de egoísmo, y forman la armadura de sus muros elevados, trozos de infamia, arrancados por estos alarifes de la hipocresía á la inocencia y la estupidéz».

Ná ifago fui en el revoltoso mar de las pasiones maritimas. Olas de tanto mar arrojaron á las playas del olvido y acogime á este puerto oyendo hablar la caridad y la virtud, que forman la aureola del sufrimiento.

Dajé el mundo del hombre para entrar en el mundo del fraile. Creí encontrar á Dios, cuando á Dios abandonaba.

Si allí está... En medio de esos trabajos y esas penas, é esas cosas raras y lúgubres que forman el mar mudo de la vida; envuelto en esa marea de besos y caricias, de dulces y esperanzas, asiente en un sobre el corazón algo que consuela, y que bien pudiera ser la semilla del bien arraigada en las profundidades del alma al inextinguible calor de los afectos.

Allí... la patria para todos. Aquí... la celda para cada uno.

Los honorables llenan el mundo; los frailes, apenas un rincón del convento.

Allí repugnan los días de la penitencia, la camuflaje del trabajo; aquí, de tiempo en tiempo, la vez de la oración.

Allí se levanta al día o á las horas las oraciones del corazón; aquí se vocan las salmos de ritua á hora fija.

Allí se adora á Dios cuando se quiere; aquí, cuanto se manda.

Allí los sentimientos en sus manifestaciones diversas; aquí, uno no más: el convento, para el convento todo...

Los hombres malos ó buenos, se miran de frente; los frailes, buenos ó malos, se miran por debajo de la capucha.

Allí la mujer; aquí la Santísima Virgen María y San José.

¡Oh!... ¡Mí!... mil veces mil veces debería ser el hombre que, huyendo del mundo, corre á encerrarse en este palacio del demonio por dentro y casa de Dios por fuera. Sin embargo, están labrados sobre rocas de egoísmo, y forman la armadura de sus muros elevados, trozos de infamia, arrancados por estos alarifes de la hipocresía á la inocencia y la estupidéz».

Aquí acababa el escrito que he luego encontrado y publicado por mí. El autor, como no tenía firma; pero hay tal paridad de ideas entre las consignadas por el fraile y el mundo y las que yo sustenté que no tengo necesidad de que alguno en hacerse solidario de las afirmaciones.

J. RODRIGUEZ LA ORDEN

1881

La carestía de las misas

En el Boletín religioso de la diócesis de Córdoba se ha publicado un edicto del obispo, elevando el precio de las misas á tres pesetas en la capital y á 2 50 en los pueblos.

La lectura de ese edicto ha causado gran extrañeza, y no sé por qué.

«No han subido hasta las patatas, alimento corpora!» ¿Pues por qué no han de subir las misas, alimento espiritual, y con cuyo producto se agencian el primero los ministros del Altísimo?

«Se pretende que, por dar facilidades para el traslado de almas desde el Purgatorio al Cielo, se separen antes de tiempo de su cuerpo las suyas».

No nos dejemos llevar en este caso por la pasión sectaria y demos la razón al que la tenga, ya que las únicas que se irían perdiendo con este aumento son las ánimas benditas si disminuye por la carestía la celebración de misas.

Si fueren en verano, sería más de lamentar que se retrasase su salida del Purgatorio; pero con el frío que hace, no se estará del todo mal allí ahora.

D. RAMON M. RALES Y TALAVERA

Este amigo mío ha fallecido, siendo enterrado en el Cementerio Civil. Y pocos antes de morir encargó á uno de sus herederos que siguiera renovando á su nombre la suscripción á El Motín mientras se publicase.

La primera visita que haré al llegar al Infierno, será para él. Lo merece por su delicada atención.

En la puerta del Cielo

(Cuento de la guerra)

Sentado en el umbral de la taberna el tío Beserules, de Altoaya, trizaba con su hoz rayas en el suelo, mirando de rejeo a la gente de Valencia que en derredor de la mesilla de hoja de lata empinaba el porrón y media mano al plato de morcilla o su aceite.

Todos los días abandonaba su casa con el propósito de trabajar en el campo; pero siempre hacía el demonio que encontraba algún amigo en la taberna del Riat, y vao vao se viene lanzando las copas y al toque de media hora, se le había ido el pueblo.

Allí estaba en cuclillas, con la confianza de un par de amigos, buscando entablar conversación con los forasteros y esperando que le convidasen a un trago.

Aparte de que le gustaba menos el trabajo que la visita a la taberna, el viejo era un hombre de mérito; ¡lo que sabía aquel hombre, Señor! ¿Ven no? Por algo le llamaban Berol, o porque no caía en sus manos un trozo de porrón, que no lo llevara del principio a fin, cantando las palabras letra por letra.

La gente le iba a caer encima oyendo sus cuentos sacados de la memoria, en las que figuraban copas y mojitos y el Riat, detrás de la puerta, y él también, contando de vez en cuando las palabras para celebrar los relatos, le hacía abrir las espaldas con frecuencia.

El tío Beserules, apreciando un trago de la gente de Valencia, se iba a contar algo, y apenas oyó que no le miraba a los frailes, se apresuró a decir:

—¿Es así que se llama? ¿Quién se la dejó ella? Una vez una fue la mujer de San Pedro.

Y animado por la curiosa mirada de los forasteros comenzó su cuento:

—Era un día de aquellos, del convento de San Miguel de los Reyes, el padre Salvador, muy apreciado de todos por lo listo y comedido.

Yo no lo he conocido; pero mi abuelo me acordaba haberle visto cuando visitaba a su madre, y con las manos cruzadas sobre la panza, esperaba el chocolate a la puerta de la barraca. ¿Qué hombre! Pensaba sus diez años, como si él era un niño, y entraba en él como en una pieza de paño. Y se iba a la once o doce horas, tragándose en cada una de las copas de chocolate, y cuando le daba el chocolate le preguntaba: ¿Qué es eso, padre Salvador? unos hu venidos con panates o unas longanizas de las comoradas? él contestaba con una voz que parecía un ronquido: ¡Tómele, mézclalo, tómele mézclalo.

Así estaba él de guapo y rezigante. Por allí donde le pasaba, para regular la salud, y la prueba era que todos los hijos que nacían en este convento, resultaban sus mismos colores, su cara de Luna llena y un morrillo que lo menos tenía tres libras de manteca.

Pero todo es malo en este mundo: pasar hambre o comer demasiado. Un día, alanoche, el padre Salvador, viniendo de un harizg, para acostarse iba a bañarse, y cuando se iba a bañar, se le iba el agua, ¡plum! ¡dón! ¡dón! ¡dón! como un agua a toda la comunidad, y reventó como un odre, aunque sea mala comparación.

Y así me lo contó el padre Salvador volando por el aire como un cohete en busca del cielo, pues no tenía nada de que allí estaba el sitio de un fraile.

Le pregunté a la puerta, toda de oro, clavada de perlas, como las que sacan en las aguas de San Juan, si él sabía lo que le había pasado a la comunidad de las aliteras.

—¿Tocó, tocó, tocó...?

—¿Qué? ¿Preguntó desde dentro una voz de viejo?

—Ah, señor, San Pedro.

—¿Y qué era?

—San Pedro es el Salvador, del convento de San Miguel de los Reyes.

Se abrió un ventanillo y salió la cabeza del bendito santo, pero saltando bufidos y lanzando centellas por sus ojos al través de las antiparras. Porque han de saber ustedes que el santo apóstol, como están viendo, está corto de vista.

—¡Ché! ¿Pasa vergüenza? ¡Le dio hecho una fornicación! ¿Qué vives aquí? ¿Me gusta tu confesión? ¡Arre allá, poca honra, que aquí no está tu sitio.

—Vámonos, señor San Pedro, abra, que se hace de noche. Usted si me está de broma.

—¿Cómo de broma? Si como una trancavisa a var los que os han no, descaído. ¿Crees acaso, que no te conozco, demonio con capuchón?

—Haga el favor, señor San Pedro: sea bueno para mí. Pécote, y tólo, ¿no te daría un puñetito libre, aunque fuera en la puerta?

—¡Largo de aquí! ¡Ir en qué prendal! Si te permitiera entrar, en un día te comprarías nuestra provisión, dejando en ayunas a los angustiosos. Además, tenemos aquí no sé cuántas bien venidas que aún son de bien ver, y valiente ocupación me cae la a mi casa, siempre detrás de ti, sin quitarte ojo. Marcha a al infierno o a mézclate a freír en la quier nube. Se acabó la conversación.

El santo se volvió furiosamente al ventanillo, y el padre Salvador quedó en la oscuridad, oyendo a los lejos los guitarras y las flautas de los angustiosos que oían a aquella noche a las santas más guapas.

Pasaban las horas, y nuestro fraile pensaba que al fin el demonio del infierno, esperando que al fin le embalsamara, cuando vio salir de entre dos cubas, apareciendo lentamente, una mujer tan grande y gorda como él que en una balanza de oro, empujando una linchada como un gobo.

Era una monja que había muerto de un óbito de confesión.

—¡Ar! ¡dulcemente al fraile, mirándole con ojos tiernos! ¡¡¡¡¡, ¿no abren a estas horas?

—¿A quién? Ahora entraremos.

—¡Que me de la gracia a aquel hombre! En un momento, estaba de inventar una de sus maravillas.

Y se venían ellos, los olidos que mueren en la guerra en el cielo sin oír nada. Si no lo sabían, ya lo sabían. Los pobres e tratan como llegan, hasta con botas y espuelas, pues algún privilegio me cabe a desgracia.

—Eh, he las faldas a la cabeza—ordenó el fraile.

—¡Pero, padre mi!—contestó, escandalizada, la monja.

—Hija, lo que te digo, y no seas tonta—gritó el padre Salvador con autoridad—¿qué me dices con la iglesia que te gozamos estudiando? ¿sabes tú el modo de entrar en el cielo?

—Oyó los a la monja, ruborizada, y en la oscuridad comenzó a lucir una circunferencia en rojo y blanca, como si hubiese aparecido la Lupa.

—Ahora, agnante a la fama.

Y de un salto el Padre Salvador puso a horcajadas sobre el lomo de su monja.

—Pr, que pesa mucho—gemía sofocada la pobre.

—¿Quédate y da saltos. Ahora mismo entraremos.

San Pedro, que estaba recogido de las llaves para irse a dormir, vio que tocaban en la puerta.

—Un noble soldado de caballería—contestó un voz triste—. Me acaban de matar y llevo el contraltito en la cabeza, y me voy a Dios, y voy a vengarme sobre mi caballo.

Pasa, obre o, pasa: díjole el santo abriendo la puerta.

Y mientras el Padre Salvador se colaba en la puerta sobre la grupa de la monja, San Pedro cerró la puerta por aquella noche, murmurando con admiración:

—¡Rá! ¿qué me dices? ¡A la pobre que no le han dejado ni el rabo.

V. BLASCO IBAÑEZ

Sección de milagros

«No por ser muy sabida debemos dejar la celebre aparición de la Gran Reina del Cielo a Juan Patricio y a su mujer, nobles de Roma, hablándoles a cada uno de por sí. Sucedió, pues, que estando estos dos virtuosos casados discurriendo a quién dejarían su hacienda, porque no tenían hijos, desearon de emplarla en cosas del agrado de María Santísima, tuvieron ambos una noche esta visión. Aparecieron en sueños, rodeada de majestad, y dijo: «Sabed, que yo quiero ser vuestra heredera, y así lo, y reconoced el Monte Exultino, y en la parte que hallaréis cubierta de nieve, allí quiero que me levantéis un hermoso templo en honra mía; y dicho esto, desapareció. Fue Juan Patricio al Sumo Pontífice Liborio, y contóle lo que había visto aquella noche, se confirmó éste en lo que también había soñado, y juntamente con la clerecía romana se fue al Monte, y hallaron una parte de él cubierta de nieve, y con el dinero que dieron estos nobles ciudadanos, se edificó una grande iglesia, que después la rededificó Santo Pedro, llamándose primero la basílica de Liborio: *Santa María ad Prosepe*, y después por un tan celebre milagro, se llamó Nuestra Señora de las Nieves, y por último, Santa María la Mayor. Esto sucedió el día 5 de Agosto del año 367.»

Me arrepiento de haber censurado tantas veces a los jesuitas por llamarse a la parte en las herencias de los poderosos; cosa que seguramente no hubiera hecho de enterarme antes de este milagro.

Detención de un sacerdote

«A principios del mes de Septiembre se presentó ante el juzgado de instrucción doctor Benítez, Secretario Costa, la Srta. Risa de los Angeles Chaves Paz, acusadora por defraudación y tentativa del mismo delito al cacique Sebastián D. Cruz, español, de treinta y siete años, que había desaparecido hasta poco tiempo antes el cargo de capellán en el establecimiento de campo San Antonio.

Manifestó la denunciante que en Diciembre de 1909 se hizo ese sacerdote cargo de la capilla existente en San Antonio, habiéndole fijado un sueldo de 150 pesos y aumento más tarde a 250 pesos mensuales, casa y comida, con el propósito de que diera enseñanza cristiana a la gente de los alrededores y celebrara todos los días el sacrificio de la misa.

Poco a poco el sacerdote Da Cruz fue ganando la voluntad de la Srta. Chaves, valiéndose sin duda de su fervor religioso, al punto de que se convirtió en administrador de sus bienes.

Más tarde, en operaciones de venta simuladas se hizo transferir los bienes de la Srta. Chaves Paz, siendo uno de los primeros la finca de la calle Azucénaga 270 al 74, vendida ante el escribano público en 170.000 pesos el 16 de Septiembre de 1912.

Doce días después Da Cruz vendió la propiedad de la calle Azucénaga en la misma suma, percibiendo en efectivo, una vez descontado el gravamen que tenía a su adquisición por él, 83.637,040 pesos.

Ante el mismo escribano, el 25 de Julio de 1914, la Srta. de Chaves Paz escribió

